

## V ASAMBLEA DIOCESANA

(Catedral metropolitana de Badajoz, 14 de junio de 2025)

Queridos hermanos y hermanas: ¡El Señor os dé la paz!

Con la gracia del Señor y el trabajo de muchos, especialmente de la comisión/secretaría que se ha creado para preparar y coordinar las distintas Asambleas Diocesanas, a cuyos miembros agradezco de corazón todo el esfuerzo que han puesto en su trabajo, hemos llegado a esta V Asamblea que ve reunidos a jóvenes, laicos adultos, consagrados y sacerdotes con su pastor. Gracias a todos por vuestra participación activa. Porque estas Asambleas han sido un momento de comunión, diálogo y discernimiento, y por lo mismo de gracia para todos los participantes y para la misma Iglesia que peregrina en Mérida-Badajoz, “alabado seas mi Señor”.

Hoy concluiremos una etapa de escucha y de elaboración de propuestas que luego serán tenidas en cuenta a la hora de elaborar el proyecto de pastoral para los próximos años. Las propuestas puede que no sean muy novedosas, a alguno puede incluso que les haya creado un poco de frustración, pero esta es nuestra realidad y, personalmente, estoy convencido que mereció la pena tanto esfuerzo y que lo más importante, como ya han señalado algunos, ha sido el encuentro. Necesitamos momentos como estos de encuentro, pues solo así podremos conocernos mejor y apreciarnos más. Necesitamos momentos en los que compartamos nuestros miedos y nuestras esperanzas, nuestras preocupaciones y nuestros sueños. Necesitamos encontrarnos para romper con posibles prejuicios. Necesitamos encontrarnos para trabajar juntos, elaborar proyectos juntos, caminar juntos. No tengamos miedo a encontrarnos con el otro, por diverso que nos parezca. Seguro que después de un encuentro saldremos más enriquecidos, aunque solo sea porque salimos menos aferrados a nuestras ideas, que por buenas que sean no son las únicas, ni tal vez las mejores, y porque si somos inteligentes y suficientemente receptivos, la postura del otro, aunque no sea la mía, nos pondrá preguntas a las que hay que responder.

Ahora es tiempo de mirar al futuro, es tiempo para caminar, como decía la Santa Andariega, Teresa de Ávila. El camino es la suerte del peregrino y todos hemos de sentirnos “peregrinos y extranjeros en este mundo” (1P. 2, 11; cf. Heb 11, 13; 1Cro. 29, 15), todos hemos de sentirnos llamados a ser *profetas de esperanza*. El peregrino se pone en marcha sin saber con precisión cuándo llegará a la meta, ni siquiera conocer exactamente donde está la meta. Pensemos a Abraham, nuestro padre en la fe: “Abraham, sal de tu tierra, de tu patria, de la casa de tu padre, hacia una tierra que te mostraré” (cf. Gn 12, 1), le dice el Señor. Y Abraham, movido solo por la fe, se pone en camino, “como le había dicho el Señor” (Gn 12, 4), morando en tiendas, sin suelo firme, sin tierra propia, solo confiando en la palabra del Señor. Abraham ha dejado todo, todo lo que le ata, que le cierra en sí mismo, para seguir la palabra, esa palabra que lo ha llevado a buscar la presencia divina en los lugares del camino por donde va y donde se encuentra con hombres y mujeres que también buscan a Dios.

El cristiano es, por vocación, un hombre y una mujer “del camino” (Hch 9, 2), y en camino, conscientes de que su misión es permanecer en el camino como seguidores del que es Camino, hasta llegar a la tierra prometida y buscada. Desde el encuentro con Dios nuestra vida, como la de Abraham, es una aventura siempre abierta, un caminar hacia la plenitud, en una continua sucesión de etapas que conducen hacia metas más altas y profundas, pero en cuyo fondo, aunque a veces oculto, aparece un Dios que acompaña constantemente. Él se hace compañero de camino, como hemos escuchado en el Evangelio apenas proclamado. También

hoy se pone a caminar con nosotros (cf. *Lc 24, 15*), y, a través de su Espíritu, nos da la fuerza para seguir esperando y caminando. Él, como nos decía la primera lectura, da fuerzas al cansado y acrecienta el vigor del que desfallece” (*Is 40, 29*. Es la hora de desplegar alas como las águilas, correr y no cansarse, caminar y no fatigarse (cf. *Is 40, 31*). Es la hora de soñar, de soñar juntos. Es la hora de trabajar, de ponernos manos a la obra, pero de trabajar juntos.

Mantengámonos en camino, viviendo, como nos exhortaba Pablo en la segunda lectura, un amor sincero, *que no sea fingido y que nos lleve a estimar a los demás como superiores, alegres en la esperanza, constantes en la tribulación, perseverantes en la oración y siempre practicando la hospitalidad* (cf. *Rm 12, 9-13*); hospitalidad que no es simplemente acoger a otros en nuestra casa, que también, sino que comporta acoger a los demás en nuestro corazón, como son y no como quisiéramos que fueran; hospitalidad que supone abrir nuestra mente y nuestro corazón para acoger lo que viene de otros, particularmente si son distintos.

Dejemos que arda nuestro corazón con el fuego del Espíritu, que nos empuja a poner los ojos en el futuro. Sintámonos llamados en nuestra Iglesia a ser *profetas de esperanza*. Caminemos, sembrando esperanza, la esperanza que no defrauda (*Rm 5, 5*), por ser Jesús “nuestra esperanza” (*1Tm 1, 1*).

Y mientras pedimos con insistencia al Señor: “Quédate con nosotros, porque atardece” (*Lc 24, 29*), invocamos también la compañía de Santa María de la esperanza: *Ven con nosotros, Madre, al caminar y cuando la tristeza y el desaliento rocen nuestro corazón y nuestro semblante, intercede ante tu Hijo para que convierta también en nuestras vida, el agua en vino: el vino del amor, el vino de la fiesta* (cf. *Jn 2, 1ss*). *Fiat, fiat, amen, amen.*